

Lleno del espíritu de recogimiento y de humildad, á que se habia dedicado, dice: «yo deberia guardar un profundo silencio, y contentarme con confesar á Dios mis iniquidades; mas viendo agitada por la borrasca mas deshecha la piedra sobre que está fundada la Iglesia, no juzgo deber callar, ni disimular la falta de valor con el velo de la oscuridad y retiro. Temo mas á Dios que al emperador, y pues la autoridad del principe es de tanto peso para los súbditos que no osan quebrantar las órdenes mas injustas, procuremos convencerlos de que los reyes de la tierra están sujetos al Rey del cielo y que debén ser los primeros en obedecer sus leyes.» Despues de este preámbulo asienta por fundamento de toda su instruccion, que la Iglesia no puede errar, y que no se puede sospechar de ella un abuso tan odioso como la idolatría.

«Sé muy bien, prosigue, que aquel que no puede engañarnos ha dicho: *no hareis imágenes de lo que hay en el cielo ó en la tierra.* Mas él mismo explica estas palabras, añadiendo: *no sea que mirando estos objetos os dejéis seducir, y les sirvais y adoreis.* Así yo no adoro mas que á un solo Dios: no adoro de modo alguno á la criatura, á la que solo tributo la veneracion que le pertenece. El culto es de dos maneras: uno es el que tributamos á Dios, y otro el que tributamos á sus siervos y á sus amigos. ¿Por ventura el Legislador supremo sería el único que nos mandase cosas contrarias? Si prohíbe absolutamente toda imagen, ¿por qué prescribió cubrir de querubines el propiciatorio? El arca del testamento, la urna sagrada, el tabernáculo entero, ¿no eran obras materiales y hechas de mano de los hombres? En fin, el madero de la cruz, la piedra del santo sepulcro, origen de nuestra resurreccion y de una vida sin fin, el cuerpo mismo y la sangre del Señor, ¿no son cosas materiales? Luego ó suprimid el culto y la veneracion de todos estos objetos sagrados, ó confesad que podemos reverenciar las imágenes del Hombre-Dios y las de sus amigos. O suprimid tambien las

fiestas instituidas en honor de los Santos, ó admitid sus imágenes: mas no podeis suprimir esas fiestas fundadas por los Apóstoles y por los Padres. La ropa, el ceñidor, la sombra sola de estos amigos de Dios curaba los enfermos y lanzaba los demonios; ¿pues por qué nos han de ser funestas sus imágenes? O negad la veneracion á todo lo material, ó no introduzcai innovaciones caprichosas en los usos que establecieron nuestros padres. Entre tantos Concilios como se han celebrado, ¿por qué ninguno de ellos ha condenado el culto que acostumbramos desde la mas remota antigüedad? No debe prestarse obediencia al emperador cuando ordena trastornar la Iglesia. No fué á los principes sino á los Apóstoles y á sus sucesores á quienes Jesucristo confirió el poder de atar y desatar. Ha puesto en la casa de Dios, dice San Pablo, Apóstoles, Profetas, Pastores y Doctores, mas no dice emperadores. Los ministros del santuario, y no los principes del siglo, son los que nos han hablado de parte de Dios. Pertenece el gobierno político á la potestad imperial, y el gobierno de la Iglesia al clero. Saul rasgó el manto de Samuel, y perdió su corona: Jezabel persiguió á Elías, y fué devorada por los perros: Herodes mandó cortar la cabeza á Juan Bautista y murió roido de gusanos. Señor, añade hablando con el emperador, nosotros os obedecemos en todo lo que pertenece á la vida civil, como en los tributos y los impuestos; pero en materias eclesiásticas no damos oidos á otra voz que á la de nuestros Pastores.»

Este último trozo muestra que los cristianos de Levante, aunque bajo la dominacion de los infieles, miraban á los emperadores de Constantinopla como á sus legítimos Soberanos. Al fin del primer discurso y en los dos siguientes insiste con fuerza San Juan Damasceno en la autoridad de la tradicion. Cita con este motivo la epístola segunda de San Pablo á los tesalonicenses, y el tratado de San Basilio sobre el Espíritu Santo; copia luego muchos pasages del mismo San Basilio, de San Dionisio, de San Gregorio Niseno, de San Juan Crisóstomo,

de San Ambrosio, de San Máximo, de San Anastasio de Antioquia, y de Leon, obispo de Nápoles en Chipre, que autorizan á las claras el culto de las imágenes. Con motivo de este último Padre refuta la objecion sacada de San Epifanio, de quien se decia que rasgó una cortina en que estaba pintada una imagen. San Juan Damasceno, aun suponiendo este hecho, dice que San Epifanio pudo egecutarlo para corregir algun abuso, asi como San Atanasio mandó enterrar las reliquias de los Santos para impedir las supersticiones egipcias con respecto á los cadáveres de sus parientes; «pero que el santo obispo de Salamina no intentó de modo alguno prohibir ó desterrar las santas imágenes, lo comprueba, dice, su iglesia que está llena de ellas. ¿Y quién podrá ser, añade, mejor intérprete de San Epifanio, que el digno heredero de su espíritu y de sus virtudes, esto es, Leon, que ha predicado en la misma isla de Chipre?»

Corrieron de mano en mano entre los fieles las cartas de San Juan Damasceno, y fortalecieron á muchos de ellos en la doctrina y en las observancias católicas. Dice-se que el emperador Leon concibió tal odio contra él, que no pudiendo satisfacerle á viva fuerza y empleando las oscuras manobras de los mas viles falsarios, le acusó de delitos de Estado ante el califa, el cual honraba al santo doctor con su aprecio y confianza; que el Príncipe infiel en el primer impetu de su cólera mandó que le cortasen la mano derecha y que tornó á recobrarla en la noche siguiente por efecto de un milagro que desengañó al mahometano y cubrió al emperador con el oprobio de una atrocidad infructuosa (1). Mas sea lo que fuere de la delacion del emperador y del milagro á que habria dado margen, ello es cierto que Leon despreció la doctrina de

San Juan Damasceno que era en todo conforme á la de la Iglesia.

Pero mientras la fé estaba espuesta á tales riesgos en Oriente, hacia en la Germania los mayores progresos por el ministerio de San Bonifacio. Habíase estendido su reputacion por toda Europa: todos hablaban con admiracion de este hombre apostólico, y llegaban sin cesar muchos operarios ilustres, particularmente de las islas británicas, á fin de entrar á la parte en la gloria y trabajos de su apostolado. Dispersáronse muy lejos, los unos en el pais de Hesse, los otros en la Turingia y en las regiones limítrofes, en las ciudades, en las aldeas, en las poblaciones mas pequeñas, y hasta en la oscuridad de los bosques que daban asilo á las familias aisladas de los salvages. Prestó fué necesario levantar nuevas iglesias para recibir á los cristianos, cuyo número crecia de dia en dia. Atribúyese á este tiempo la fundacion de los monasterios de Frislar y de Hamanabourg. Por lo regular se erigia junto á cada iglesia un monasterio numeroso, en el que, no obstante los trabajos de la mision, se observaba con la mayor exactitud la regla del recogimiento y del silencio. Cuéntase del primer abad de Frislar, San Vigberto, el cual vino desde Inglaterra siendo ya sacerdote, que cuando le llamaban para confesar alguna persona, guardaba en el camino un religioso silencio, ó hablaba solamente de cosas piadosas.

San Bonifacio habia escrito al Papa Gregorio III, luego que supo su exaltacion á la Cátedra de San Pedro, tanto para asegurarle de su obediencia, cuanto para recibir los consejos apostólicos, los que se propuso observar como regla principal de su conducta. Concedióle entonces la Santa Sede el honor del palio, con el título de arzobispo. Remitióle el Pontífice reliquias y otros presentes con una carta en que le dice establezca, segun los cánones y

(1) Ch. lib. 4. hist. ecles. cap. 3.



con la autoridad de la Santa Sede, nuevos obispos en aquellos lugares donde los fieles se aumentaban tan felizmente (1). Quiere no obstante que concurren á estas ordenaciones dos ó tres obispos, y que se proceda en todo con arreglo á la prudencia para no vilipendiar el obispado. En cuanto á los matrimonios encarga se observen los grados de parentesco hasta la sétima generacion; y sobre la penitencia de los parricidas, que se les prive por toda la vida del uso de la carne y del vino, se les haga ayunar los lunes, los miércoles y los viernes de cada semana, y no se les dé la comunión sino en la hora de la muerte y en forma de viático. Como la Iglesia, aunque sin condenar absolutamente las cuartas nupcias, tampoco las aprobaba, por eso recomienda á los misioneros que inviten y persuadan á los nuevos cristianos á no casarse mas de dos veces. Á fin de suavizar su barbarie, que se oponia igualmente á la gloria y á los progresos del Evangelio, se les exhorta á olvidar, en cuanto fuese posible, la costumbre que tenían de comer carne de caballo.

Parece que los impedimentos del matrimonio no eran en un todo uniformes ni constantes. Escribiendo Bonifacio á Norberto, arzobispo de Cartoberi, le pidió que le enviase copia de las cuestiones del obispo San Agustín, y de las respuestas de San Gregorio el Grande, en las que, entre otros artículos, dice, se permite á los fieles casarse á la tercera generacion. Mas examinad detenidamente, añade, si este escrito es con certeza de San Gregorio; porque despues de las diligencias que de mi orden se han practicado en los archivos de la Iglesia romana, me han contestado que no le habian hallado. Os ruego tambien me digais vuestro parecer acerca de un matrimonio contraido entre el padrino de un niño

(1) Tom. 6 Concilior. pag. 1468. Epist. 1.

y la madre de este, despues de haber envidado. Mandan los romanos á los contrayentes que se separen, y afirman que en tiempo de los emperadores cristianos este matrimonio se hubiera tenido por un crimen capital. No puedo comprender cómo el parentesco espiritual haga tan criminal el matrimonio en ciertos lugares. Os pido, pues, que me comuniquéis lo que hayais observado sobre este punto en los Cánones, en los Padres y en la Escritura.

Quiso por último Bonifacio conferenciar con el mismo Pontífice, y así hizo el tercer viaje á Roma (738) siendo ya de edad muy avanzada. Acogieronle con toda la distincion que merecian los frutos abundantes de sus trabajos, no solo el Papa y los romanos, sino tambien todos los extranjeros que le honraron á competencia en su tránsito. Apenas llegó vióse rodeado de una multitud de franceses, de alemanes, de ingleses y de gentes de todos los pueblos. Cuando salió de Roma, le colmó de presentes el Pontífice, dándole cartas de recomendacion para todos los principales prelados de la Germania, entre quienes se hace mencion de Vigon de Augsburgo, de Luidon de Spira, de Rodulfo de Costanza, de Vivilon de Passau y de Adda ó Heddon de Strasburgo. El Pontífice exhortaba á los obispos y abades á que diesen á este varon apostólico dignos operarios que le ayudasen.

El Santo mismo se llevó dos de Roma, á saber, Wilibaldo y Vunebaldo, que eran hermanos, naturales de Inglaterra como él y aun parientes suyos (1). Habian salido de Inglaterra para trasladarse á Italia por los años de 720, en compañía de su padre Ricardo que murió en el camino, y á quien enterraron en Luca en donde es venerado como Santo. Los dos hermanos, iguales á su padre en virtudes, continuaron su pere-

(1) Act. SS. Bened. tom. 3, pag. 180 et 365.

grinacion al sepulcro de los Santos Apóstoles, y desde allí Wilibaldo, que era el mayor, marchó dos años despues á Tierra Santa. Permaneció Vunebaldo siete años en Roma para imponerse á fondo en las ciencias eclesiásticas; y habiendo recibido la tonsura clerical regresó á Inglaterra con el deseo de inducir á su familia á unirse con él en el camino de la perfeccion. Llevóse á su tercer hermano, y en este segundo viaje fué cuando San Bonifacio le persuadió á que corriese á la Germania para tomar parte en sus trabajos. Pasó Vunebaldo á Turingia en compañía de este hermano, cuyo nombre ignoramos, y á quien se reunieron algunos otros ingleses, entre quienes se contaba San Sebaldo, venerado en Nuremberg como apóstol del país. Mucho tiempo despues Wilibaldo, que habia empleado siete años en su viaje á Palestina, y que consumió diez mas en ejercitarse en el monasterio de Monte-Casino en la práctica de las virtudes mas puras, corrió á unirse por orden del Papa con aquella compañía de apóstoles.

Bonifacio emprendió por Baviera su viaje á instancias del duque Odilon. La larga mansion que allí hizo (era esto en 739) mas bien puede llamarse una nueva cadena de trabajos y triunfos evangélicos que un descanso tan conveniente á su avanzada edad. Allí halló una multitud de seductores que sin tener ningun carácter ejercian sacrilegamente las funciones del sacerdocio y aun del obispado, seduciendo á los pueblos con sus artificios, y escandalizándolos todavia mas con su conducta licenciosa. Sometió á unos, mandó espulsar á otros, restableció la fé y las costumbres, y para cimentar su obra dividió la Baviera, de acuerdo con el duque, en cuatro diócesis. Ademas del obispo Vivilon, ordenado por el Papa y cuya Silla fué la de Passau, Eremberg, sobrino de San Corbiniano, fué hecho obispo de Frisinga,

Juan fué colocado en la Silla de Saltzburgo, y Gabaldo en la de Ratisbona. Dió San Bonifacio cuenta al Papa Gregorio III de cuanto habia practicado, y este Pontífice lo confirmó con sus cartas, exhortando al Santo arzobispo á no cansarse de los viages penosos y frecuentes que tenia que hacer para dilatar mas y mas el reino de Jesucristo. «La obra de que estais encargado, le dice, no os consiente estableceros en un lugar; sino que despues de haber fortificado los nuevos cristianos en esas regiones occidentales, debéis llevar la luz de la salvacion por todas aquellas partes en que el espíritu de tinieblas quiere hallar su refugio. Gracias tributamos á Dios porque con los auxilios de Carlos, príncipe de los franceses, habeis convertido en Germania hasta cien mil almas. Mas como el Señor no pone limites á sus recompensas, tampoco vos debéis ponerlos á vuestras empresas. En cuanto á los sacerdotes sospechosos que decís haber hallado en Baviera, si se ignora por quiénes fueron ordenados, ó se duda si lo han sido por obispos, es necesario reiterar éstas ordenaciones, suponiendo que sean dignos de ellas por su creencia y sus costumbres (1).»

No florecian menos en Inglaterra la fé y la piedad. Este pueblo que así en lo bueno como en lo malo raras veces se contenta con la medianía, no tenia entonces otro objeto mas digno de sus servicios y obsequios que aquella augusta Silla que le habia puesto en el camino de la salvacion, llegando á un grado tan asombroso su adhesion á ella como lo es en estos últimos tiempos su ingratitude cismática. Ina, rey de Ouessex ó de la Inglaterra occidental, estableció en sus Estados un dinero de censo sobre cada casa en favor de la Sede apostólica, haciendo así en cier-

(1) Gregor. III Epist. 7, tom. 6. Concilior. pag. 1474.



to modo su reino tributario de la Iglesia romana. El rey Atulfo acrecentó esta imposición, dándole el nombre de dinero de San Pedro. Para perpetuar la memoria de esta generosidad, levantó una magnífico monasterio en Glatamburi en honor de los Apóstoles San Pedro y San Pablo; renunció luego su corona, fué como peregrino á Roma; abrazó la vida monástica, y finalizó poco despues sus dias con gran santidad. Tambien Cleovulfo, rey de Nortumberland ó de los ingleses del norte, prefirió la humildad de la vida religiosa al poder soberano que cedió á Eadberto (737).

Continuaba el rey Luitprando ofreciendo en Lombardia el ejemplo de las virtudes necesarias á la vida cristiana; mas no profesaba un afecto igualmente desinteresado á la Iglesia romana. Estas dos potestades, de un orden del todo distinto, no eran menos rivales entre sí. Disminuyéndose por grados el poder imperial en Italia, deseaba el príncipe lombardo apropiarse sus dominios y el Pontífice romano pretendia tener al menos el derecho de elección de sus nuevos soberanos en defecto de los emperadores incapaces de defender á unos súbditos tan distantes. La dominacion francesa, que era la mas respetable entónces por la conducta enérgica de Carlos Martel, le parecia preferible á la de un rey zuelo inquieto, celoso y siempre atentó á utilizar todas las ocasiones de engrandecerse á espensas de sus vecinos. Sin declararse contra el imperio, cuya vacilante suerte abandonó á la Providencia, y á quien él mismo sirvió en varias ocasiones, recurrió al príncipe de los franceses para la defensa de la Iglesia. La necesidad no podia ser mas urgente; Luitprando, por razones que nunca fallan entre Estados vecinos, cuyas pretensiones son tan opuestas, tenia puesto sitio á Roma, habiéndose apoderado ya de cuatro ciudades que de ella dependian.

Gregorio III envió unos legados á Carlos (741) con muchos presentes y con llaves del sepulcro de San Pedro y algunos fragmentos de sus cadenas; á lo que unió unas cartas muy enérgicas: «Nos hallamos, dice (1), abismados en una profunda afliccion por la violencia y avaricia sacrilega de los reyes lombardos; esto es, de Luitprando y de su sobrino Hildebrando, unido á él en el gobierno durante una enfermedad de la que se creyó iba á morir, y que despues reinó en su compañía. Han arruinado todas las posesiones de San Pedro, y las han despojado de todo hasta del ganado que habia en ellas. Lo poco que nos quedaba del año pasado para el sustento de los pobres y de las iglesias, lo han consumido ó destruido malignamente. Hasta el presente la confianza que hemos puesto en vos, ha sido para nosotros un perjuicio, y para vos un oprobio. No cesan de insultarnos diciendo: «confiais en los socorros de Carlos; venga, pues, con sus valerosos franceses á libraros de nuestras manos.» ¡Qué dolor tan cruel penetra nuestra alma al oír estos baldones, y al acordarnos de unos hijos tan valientes que no hacen esfuerzo alguno para defender á su madre la Iglesia de Dios y á su pueblo escogido! Mi muy querido hijo, aunque el Príncipe de los Apóstoles puede sin necesidad de vuestro brazo libertarse de sus enemigos implacables, quiere no obstante probar la piedad de sus hijos. Temed gravar vuestra conciencia si no escucháseis los gritos de nuestro dolor. Para aseguraros del estado de las cosas, envidad aquí un ministro fiel que vea con sus propios ojos los excesos de la tiranía que nos oprime, el oprobio de la Iglesia, el despojo de los altares, los rios de lágrimas y de sangre de los ciudadanos y peregrinos.» Al concluir esta tierna carta, el So-

(1) Gregor. III Epist. 6. tom. 6 Concilior. pag. 1474.

berano Pontífice ruega al príncipe francés, por el juicio de Dios, que no prefiera la amistad de los reyes lombardos á la del Príncipe de los Apóstoles. Entre los títulos de honor que le dispensa, le llama cristianísimo, lo cual hace ver la antigüedad de este título, atribuido de un modo muy particular y justo á los reyes de Francia, así por la proteccion que han concedido siempre á la Iglesia, como por una integridad de fé, de que ninguna otra corona puede gloriarse.

El celo de Carlos se vió comprometido por la política, pues el rey Luitprando no era un príncipe despreciable. Treinta años de experiencia en el arte de reinar, mucha destreza y sagacidad, un valor á toda prueba, y un fondo real de adhesion á la Religion verdadera, hacian su alianza necesaria á la Francia en las circunstancias en que se hallaba. Los sarracenos por medio de una segunda irrupcion acababan de apoderarse de Aviñon, de Marsella y de otras muchas plazas fuertes de sus provincias meridionales, y Luitprando era el único soberano de quien la Francia podia esperar socorros. Y en efecto habia enviado sus tropas á la primera instancia de Carlos Martel, que se adelantó por su parte con todas sus fuerzas. Los sarracenos se retiraron con espanto, y los franceses lo recobraron todo hasta Marsella (757). Los infieles habian evacuado ya á Narbona y todo el territorio del lado de allá de los Pirineos, conocido entónces con el nombre de Gotia.

Despues de estas victorias, tuvo que responder Carlos Martel á la embajada del Sumo Pontífice. Envióle magníficos regalos, y tomó el partido de la negociacion con Luitprando, á quien debia obligaciones tan recientes é importantes: le hizo presente, que un rey cristiano no podia en honor ni en conciencia atormentar al Padre comun de los fieles, y usurpar los bienes de la primera de las iglesias. Fuése temor ó remor-

dimiento de Luitprando, ello es que pasado algun tiempo restituyó á la Santa Sede todas las posesiones de que se habia apoderado, y cuya renta anual ascendia á mas de tres mil libras de oro.

Carlos sobrevivió poco á esta buena obra. Las fatigas de la guerra y de un gobierno tan penoso en circunstancias tan borrascosas habian consumido sus fuerzas. Tomó sus medidas para transmitir su gran poder á su posteridad, y dividió el imperio francés entre sus dos hijos Carloman y Pipino. A Carloman, que era el primogénito, le tocó la Austrasia, la Suabia, llamada despues Alemania, y la Turingia, es decir, la Francia oriental, tanto de esta parte como de la otra del Rhin. Pipino obtuvo el resto de la Francia, en el cual se distinguian la Borgoña, la Neustria y la Provenza. En fin, murió Carlos Martel en Quiersi del Oisa, á tres leguas de Noyon, despues de haber egerecido por espacio de veintiseis años la autoridad Real y soberana bajo el dulce título de príncipe de los franceses. Tuvo una muerte cristiana, asistido de Alfonso, abad de Castres en Languedoc, y fué enterado en la iglesia de San Dionisio cerca de París, á la cual habia enriquecido con dádivas considerables. Tuvo mucho tiempo por confesor á un religioso de la abadía de Corbie, llamado Martin, que murió en opinion de Santo. La vision que se atribuye á San Euquerio, obispo de Orleans, en la cual se dice haber visto á este príncipe en cuerpo y alma en el infierno, es una fábula que se destruye por sí misma; pues Euquerio habia muerto en el destierro en el año 718 á 20 de febrero, es decir, mas de veintitres años antes que Carlos, que no murió hasta el dia 22 de octubre de 741, á la edad de 52 años.

Es verdad que este príncipe echó mano frecuentemente de los bienes eclesiásticos, y que la causa de haber sido desterrado